

LA BATALLA DE CASEROS Y EL SAQUEO DE BUENOS AIRES DE 1852

por Mariano Etchegaray

El 19 de enero de 1852, las tropas del Ejército Grande cruzan el arroyo del Medio y entran en la provincia de Buenos Aires, territorio enemigo (**Anexo 1**). La marcha del ejército a partir de ese momento se encolumnó con una vanguardia al mando de Urquiza con su escolta, a los que precedían una línea de exploradores. El resto del ejército o el “Grueso” como era llamado, con los trenes de artillería, bagajes y el parque, al mando del Jefe del Estado Mayor General Benjamín Virasoro, gobernador de Corrientes, lo seguía a una distancia variable entre uno y dos días de marcha. Pero comenzaron las privaciones y penurias que los iban a acompañar durante su avance hasta la batalla final. Mientras permanecieron en Santa Fe abundaron los recursos, con extensos campos con pastos naturales, no escaseó el ganado para alimentación de la tropa, ni los caballos de tiro para la artillería, ni los bueyes y las mulas para los carros de los convoyes.

Pero en Buenos Aires ese estado de cosas cambiaría en forma total. Rosas previendo el avance del Ejército aliado había mandado retirar el ganado, e incendiar los inmensos cardales que cubrían casi enteramente los campos por donde marcharían los aliados, que los obligaba a efectuar largos rodeos para escapar a las llamas, ya que la marcha se realizaba a campo abierto. A esto se agregaban las enormes mangas de langostas que encontraban a su paso y la sequía reinante. Estos inconvenientes hacían muy penosa la marcha sobre todo de la infantería, sofocados por el polvo, el calor y la sed. Como no llevaban columna de víveres ni de forrajes, la subsistencia estaba condicionada a lo que encontrarán en los lugares por donde pasaban. Y contrariamente a lo supuesto por Urquiza, los habitantes se abstendrían de cooperar con suministros, o de brindar algún tipo de información sobre la ubicación de los efectivos de Rosas.

Como los campos de la costa estaban desprovistos de pasto para el ganado y los 50.000 caballos que llevaban, y hacia el interior de la provincia existían pastos y lagunas, la marcha del ejército se alejó de la costa del Paraná, adonde contaban con el apoyo de los buques de la alianza. Se dirigían hacia Pergamino y la Guardia de Luján donde suponían se encontraba la vanguardia del ejército de Rosas al mando del general Pacheco.

El día 26 considerando crítica su situación frente a la superioridad del enemigo, Pacheco sale de Luján con todas sus fuerzas, y se dirige hacia Puente Márquez para cruzar el río de las Conchas (**Anexo 2**). Pero obedeciendo órdenes de Rosas, Pacheco deja al coronel Lagos con unidades de caballería con la misión de observar al enemigo, advirtiéndole que él con fuerzas importantes defendería el Puente. Pero la realidad fue que Pacheco luego de cruzar el río de las Conchas, y con una misteriosa conducta, posiblemente motivada por resentimientos hacia Rosas, abandona el ejército y se dirige hacia su estancia del Talar, sin dejar ningún tipo de instrucciones.

Lagos con 3000 jinetes, y habiendo recibido órdenes de Rosas de frenar el avance aliado, son avistados y alcanzados el día 31 por la vanguardia de Urquiza en los campos de Alvarez (actual localidad de Francisco Alvarez) a unos 8 km del puente Márquez. La caballería de Lagos no resiste y se desbanda en todas direcciones, siendo perseguidos por las caballerías entrerriana y correntina. Quedaban en el campo cerca de 300 muertos y 200 prisioneros, muchos caballos, armas y municiones.

El resto de la caballería de Lagos consiguió incorporarse al grueso del ejército de Rosas en Santos Lugares. La vanguardia de Urquiza vivaqueó en el lugar del combate esperando al resto del ejército que arriba al día siguiente 1º de febrero.

El día 2 todo el ejército se dirige hacia puente Márquez para cruzar el río de las Conchas, sabiendo por sus avanzadas que no había tropas de Rosas en el lugar. Era un viejo puente sobre el río que fuera construido en ñandubay por don Pablo Márquez en 1773. Primero pasó la División Oriental al mando del general César Díaz que estaba formada casi en su totalidad por infantería, siguiéndolo luego la artillería.

La caballería lo hacía por vados próximos al puente. Entraban así en tierras del antiguo Cuartel 5to. del partido de San Isidro, quedando la totalidad del ejército situado entre el río de las Conchas y el arroyo Morón (**Anexo 3**). Al llegar al río de Las Conchas, el Ejército Aliado dominaba desde allí todo el norte de la provincia, amenazando el sur, que era el depósito de las caballadas rosistas de reserva. Facilitaba esta circunstancia que cualquier revés que se produjera en combate, podrían buscar el apoyo de un desembarco en Quilmes del resto de las tropas que formaban la reserva de tropas brasileras acantonadas en Colonia, y que podrían ser transportadas en horas de una orilla a la otra del río de la Plata, en caso de ser necesario.

Durante todo el día 2 de febrero, la cañada de Morón formó una barrera infranqueable entre ambos ejércitos, a pesar de estar ambos separados por unos 3000 metros, pero no por su caudal que era casi mínimo, sino porque tenía su lecho muy pantanoso al igual que sus orillas. Esta circunstancia hacía que solamente fuera posible cruzarlo por un pequeño puente de madera (**Anexo 4**) que imponía a las columnas un frente de marcha muy reducido, con el consiguiente alargamiento. Incomprendiblemente no fue volado por Rosas, cometiendo un fatal error táctico.

El día 3 sin haber sido molestado por las avanzadas del ejército rosista, Urquiza comienza el cruce del arroyo con todas sus tropas para atacar a Rosas. Este cruce fue una operación complicada teniendo en cuenta la cantidad de efectivos y la vulnerabilidad que esto significaba, la que tampoco fue aprovechada por Rosas. Una vez reconocida la proximidad de Urquiza y la derrota de la caballería de Lagos, ubica a las suyas en una posición defensiva, aproximadamente a un kilómetro hacia el sur, situándose ambos ejércitos en dos líneas paralelas (**Anexo 5**)

Tenía el flanco derecho de su ejército apoyado en el caserón (**Anexos 6 y 7**), desde donde Rosas dirigió a su ejército, y el palomar de Caseros, (**Anexo 8**) en las inmediaciones de la cañada de Morón. Ambos edificios se encontraban separados por unos doscientos metros, y el resto del ejército se extendía hasta el campamento de Santos Lugares. La posición del ejército rosista formaba un ángulo con dicha cañada en dirección Este y a lo largo de 3000 metros, dando su frente al sur. Estaba constituido por 10000 infantes, 12000 de caballería y 56 piezas de artillería.

La batalla de Caseros sería la confrontación armada con mayor número de efectivos librada en el territorio nacional. El Ejército Grande de Urquiza contaba con 24000 hombres y el de Rosas 23000. Urquiza tuvo el alto honor de conducir el ejército más numeroso que hasta entonces había existido en toda la América del Sur. Sobrepasó ampliamente a San Martín y a Belgrano, a Alvear, a Rondeau y a Güemes. A O'Higgins en Chile, a Bolívar y a Sucre en

Venezuela, Colombia, Perú y Bolivia. Pero si bien las tropas que iban a enfrentarse eran numéricamente equivalentes, su calidad era notablemente diferente.

Las de Urquiza eran tropas veteranas mientras que las de Rosas, como sostiene Sarmiento, eran hombres en su mayoría recogidos a la fuerza. Eran hombres, porque los soldados veteranos no llegaban a 2000. Eran hombres como los que formaban el batallón del Teniente Coronel mazorquero Hernández, a quien fusilaron frente al enemigo antes de desbandarse. Hombres como los de aquél batallón que fusilaron a 11 oficiales antes de desbandarse. Hombres que atormentados durante veinte años, preferían a riesgo de sus vidas, escapar ante la primera carga enemiga.

Otra diferencia estaba dada en las fuerzas de caballería de uno y otro bando que predominarían en la acción durante y después de la batalla. La enorme masa de caballería formada por los 10000 jinetes entrerrianos y los 4500 correntinos arrollaron las posiciones estáticas de la caballería rosista, y le dan a esta carga un carácter único, no solamente en nuestro país sino en el mundo. Las cargas de caballería de Carabobo, Riobamba, Junín y Ayacucho resultaron modestas en cuanto a cantidad de jinetes comparada con la de Urquiza en Caseros.

Solo en Ituzaingó hubo una cantidad de jinetes comparables a los de Urquiza, pero en ningún momento formaron un bloque para realizar su carga como en Caseros. Es solamente comparable con la realizada por Federico el Grande en 1758 que con una arrolladora carga de 56 escuadrones aniquiló a la caballería rusa, o en Waterloo en 1815, donde Napoleón ordenó una carga de 10000 jinetes contra los ingleses. Al dirigirse a Santos Lugares el 26 de enero, Rosas había delegado el gobierno en sus ministros Manuel Insiarte y Felipe Arana, los que no adoptaron medidas para el mantenimiento del orden luego de la batalla. A las 8 de la mañana del día 3 de febrero de 1852 se inició la batalla de Caseros con un duelo de artillería. Poco después del amanecer comenzó a oírse en la ciudad, el lejano tronar de los cañones que iban a decidir la suerte de la Confederación. Nadie durmió tranquilo esa noche. En un primer momento se pensó en defender la ciudad. Para ello se habían traído a la plaza de la Victoria unos viejos cañones desde el Retiro, y se cavaron trincheras en las calles de acceso a la plaza.

Entablada la batalla cerca de la ciudad (nunca un combate se había producido tan cerca), era previsible que las fuerzas derrotadas se dispersarían necesariamente hacia Santos Lugares y el centro de la ciudad buscando esconderse cuando todo estuviera perdido. Sobre todo considerando la magnitud de las fuerzas que se enfrentaban.

Pero ni los vencedores ni los vencidos habían tomado provisiones para proteger a la ciudad luego de la batalla. Abandonada la idea de defenderla, era natural suponer que se producirían desórdenes si triunfaba Urquiza. La batalla terminó cerca de las 10 de la mañana. La primera arma vencida fue la caballería rosista al mando del coronel Lagos, ya que la artillería de Chilavert y la infantería de Pedro Díaz que defendían el honor del ejército, continuaron resistiendo.

Era también previsible que los vencedores fueran en persecución de los fugitivos, y es bien sabido que la soldadesca, rota la disciplina en el caso de los vencidos, y los vencedores engeguecidos por el éxito, se entregarían a desmanes de toda clase. Las perspectivas no eran muy halagüeñas. Si vencía Urquiza no sería de extrañar que entrara a degüello como ya lo había hecho en la batalla de Pago Largo el 31 de marzo de 1839 como Jefe de la caballería de Echagüe, o en Vences, el 27 de noviembre de 1842, donde persiguió a los vencidos, y durante muchos días los prisioneros correntinos fueron degollados, fusilados y lanceados con

una barbarie como no se ha visto en la historia del Río de la Plata. Por el contrario si el triunfo era de Rosas, podían recomenzar los terrores de los años 1840 y 1842. Desde la cubierta de los barcos fondeados en la rada interior, los observadores extranjeros comenzaron a divisar nubes de tierra que levantaba el galope de los caballos que se aproximaban. Hacia el mediodía los primeros dispersos de caballería comenzaron a llegar a la ciudad.

Buenos Aires se había quedado sin autoridades y temió ante los acontecimientos que se avecinaban. Se podía observar el desbande de las fuerzas de policía y guardia cárceles, abandonando armas y uniformes. Los presos, algunos de ellos políticos, salieron cargados con sus ropas, entre los que se encontraba el Oficial del 3ro. de Línea Martín Agrelo, hijo de Pedro José Agrelo, que había sido Presidente de la Asamblea del año 13, a quien se creía fusilado. Los que habían dejado los calabozos al verse en libertad, caminaban con paso acelerado lanzando miradas de desconfianza, como si temieran ser detenidos y encerrados nuevamente. Los pobladores se encerraban en sus casas.

Los saqueos que pudieran producirse no podrían culparse ni a Rosas ni a Urquiza, sino al General Lucio Norberto Mansilla, cuñado de Rosas, que quedó a cargo de la ciudad, y demostró una gran irresponsabilidad ante la suerte de la población civil. Era el comandante de armas, el encargado del mando de los cuerpos de milicias ciudadanas, y tampoco se había preparado para hacer frente a los previsibles sucesos. Se había limitado a concentrar a las milicias en torno a la plaza distribuyendo a sus hombres solamente en las azoteas de los edificios más elevados. Al mediodía del día 3, los batallones y demás fuerzas cívicas, por orden del mismo Mansilla dejaban sus armas y se retiraban de los cuarteles. Los enviaba a sus casas diciéndoles: *“Ahora cada uno haga por sí lo que pueda”*, seguramente ante la creciente deserción de los soldados que se escapaban poco a poco, desconociendo la autoridad de sus superiores.

Solo los cónsules extranjeros se preocuparon por la defensa de sus connacionales. Desde días antes, y previendo los acontecimientos que pudieran ocurrir, concentraron en la rada interior de Buenos Aires, a los buques que estaban dispersos por el Plata. Buques ingleses, norteamericanos, brasileros, españoles, franceses y hasta una corbeta sueca, vigilaban la costa. De casi todos desembarcaron marineros para proteger a sus consulados y su zona cercana, como sucedió con Pedro de Angelis cuya casa frente a la Plaza donde hoy se levanta el Banco Nación, estaba desde el día anterior custodiada por marinos franceses.

A las once de la mañana, grupos de caballería fugitivos empezaron a llegar a la ciudad anunciando la noticia del descalabro, y tropillas de caballos sueltos disparaban por las calles aumentando la confusión y el terror de la población. Al mediodía el General Mansilla arrió la bandera que ondeaba en el Fuerte (**Anexo 9**) e iza la bandera blanca rindiendo en forma incondicional a la ciudad, para impedir el desembarco y el posible saqueo de la infantería brasilera, cuyo buque insignia contestó izando otra bandera blanca, dando por comprendido el mensaje. Pero la bandera que fue arriada en el fuerte no guardaba ninguna semejanza con la creada por Belgrano. Urquiza dispuso que esa bandera fuera remitida sin tardanza al diplomático oriental Andrés Lamas, ministro residente en Río de Janeiro, en testimonio por la labor desarrollada en la Corte Imperial para lograr la alianza del Brasil. Años más tarde el hijo del mencionado ministro, detallaba el obsequio recibido por su padre: *“mi padre recibió del general Urquiza una inmensa bandera argentina, en la que el azul era casi negro, con un sol colorado al centro, y en los cuatro ángulos otros tantos gorros colorados”*.

Esa era la bandera que durante años y hasta el 3 de febrero, flameaba en el Fuerte de Buenos Aires. Al abandonar el Fuerte y pasar Mansilla junto a una trinchera situada en la esquina de 25 de Mayo y el Fuerte, fue insultado a los gritos por sus ocupantes, y las cosas habrían pasado a mayores si no hubiera aparecido sorpresivamente un escuadrón de caballería al mando del General Benjamín Virasoro, Jefe del Estado Mayor de Urquiza y de la caballería correntina en Caseros, debido al rumor que corrió inmediatamente luego de la batalla, de que Rosas se había refugiado en el Fuerte.

Pero tan rápidamente como aparecieron se retiraron. Rodeado de sus ayudantes Mansilla se retiró rápidamente al Hotel de París, desde donde salió más tarde para embarcarse junto con su familia a bordo del buque francés “*Flambart*” que lo llevaría a Europa. Su conducta pareció destinada a crear el caos, para evidenciar que la ausencia de Rosas engendraría la anarquía, y hasta Montevideo llegaron rumores de que el mismo Mansilla había ordenado saquear la ciudad. Urquiza con tres escuadrones de caballería se dirigía hacia Palermo adonde establecería su Cuartel General.

El Jefe del Estado Mayor General Benjamín Virasoro quedaba a cargo del ejército. Mientras se oían las salvas con que los buques festejaban la victoria de los aliados, comenzó el saqueo. Grupos de forajidos se dedicaban a asaltar los distintos barrios de la ciudad. No se sabía a que bando pertenecían los ladrones, porque los vencidos disfrazados burdamente con petos blancos como un pequeño poncho sobre sus uniformes colorados, procurando imitar a los vencedores (**Anexo 10**) merodeaban los suburbios profiriendo gritos de *Viva la Libertad!* y *Viva Urquiza!* Eran seguidos por los delincuentes escapados de las cárceles, derribando puertas y forzando comercios, robando, violando y matando a mansalva.

Todo dentro de la mayor impunidad, siendo los suburbios el teatro principal de las depredaciones lanzándose luego hacia el centro de la ciudad. A las tres de la tarde del 3, soldados de caballería derribaron las puertas de las pulperías ubicadas en la calle Larga de la Recoleta en la Parroquia del Pilar, rompieron las puertas, ingresaron a los balazos y las saquearon. A Luis Doderó le sacaron todos los muebles de la casa y la familia tuvo que huir por las azoteas. De algunas casas se sacaban hasta los pianos. La siguiente fue una noche terrible para Buenos Aires, paralizada por el miedo y el estupor. Los incendios eran el marco trágico de los hechos, y sus resplandores podían verse a considerable distancia.

Al anochecer, alentados por la impunidad y como enloquecidos por el calor y el viento norte que soplaba sin tregua, los saqueadores llegaron hasta una cuadra de la Plaza de la Victoria. Las joyerías, las platerías y las talabarterías eran la mayor tentación para los ladrones. Asaltaban luego las casas particulares. A la mañana del día 4 el saqueo se había generalizado. La ciudad era teatro de un espectáculo nunca visto. Una partida de treinta y cinco fugitivos trataba de hacer saltar con pólvora la cerradura de la puerta de una platería, pero un pelotón de infantes de marina norteamericanos que custodiaban el Consulado, acudieron al oír el alboroto produciéndose un tiroteo que los puso en fuga.

Hecho el saqueo en un barrio pasaban a otro, y luego a otro, con un desenfreno creciente en razón directa al número de saqueadores que se iba multiplicando. El vecindario nada podía hacer para su defensa. Los hombres se encerraban en el interior de sus casas y se mantenían preparados para defender sus vidas y las de sus familias. Pero en los momentos difíciles surgen siempre hombres enérgicos y decididos, con capacidad natural de mando. Esos

hombres fueron el coronel Antonio Somellera, su amigo Mariano Billinghamurst y un grupo de vecinos decididos.

Tomaron en sus manos la defensa de la ciudad sin esperar los resultados de la comisión formada por Monseñor Escalada, Vicente López y Planes, Bernabé Escalada y José María Roxas y Patrón que habían ido a Palermo para entregar la ciudad a las fuerzas vencedoras, y pedirle a Urquiza garantías para evitar que la soldadesca dispersa cometiera actos de saqueo. En el camino hacia Palermo podían verse colgados de los árboles luego de ser fusilados, a muchos de los integrantes de los cuatro escuadrones de caballería de la División Aquino, que habían desertado del ejército Grande pasándose al bando rosista luego de asesinar a sus jefes. En Palermo también fue incomprensiblemente fusilado el Coronel Martiniano Chilavert por orden de Urquiza.

Antonio Somellera se dirigió al local de la Policía, encontrando solamente al Jefe Interino Teniente Coronel Angel María Herrero a quien le pidió cuidara de la tranquilidad pública seriamente amenazada, y que si hacía falta, podría contar con el concurso de los ciudadanos, ya que veía que los agentes dejaban las armas y desertaban de sus puestos. El Jefe le contestó que de allí no se movería y que haría cuanto pudiera para cuidar a la población. En la esquina de la Catedral como en muchas otras, había trincheras de piedra y piezas de artillería abandonadas, dejando solamente el paso por la vereda, lo que realmente constituía un estorbo más que una defensa.

Somellera interpretó que no había tiempo que perder, la situación se hacía cada vez más amenazante. Había que encontrar a personas para colaborar en la defensa. En ese momento se encontró con su amigo Mariano Billinghamurst, que salía de su casa de remates, con quien resolvieron ir a Palermo a buscar los medios para que los aliados no consideraran a la ciudad como a un pueblo vencido, sino como a un pueblo redimido del cautiverio. Corriendo atravesaron ambas plazas en busca de poder alquilar caballos, encontrando todas las puertas cerradas. Finalmente lo consiguieron y enfilaron a todo galope por la Alameda.

Al llegar al Tercero del Medio (actual cortada Tres Sargentos) algunas personas al sentir el galope de los caballos, les hacían señas de no seguir. Algunos les gritaban que regresaran. Entonces vieron por su frente a numerosos soldados de caballería que se movían en desorden en actitud hostil, y comprendiendo el gran riesgo que correrían de seguir hacia Palermo, resolvieron volver y buscar otros medios para repeler lo que se avecinaba. Veían como los jefes que habían mandado las fuerzas cívicas abandonaron sus puestos en cuanto Rosas se embarcó.

Se escondían en casas de extranjeros o Iglesias, dejando a la ciudad completamente acéfala de toda autoridad y por consiguiente entregada al saqueo tanto de los vencidos como de los vencedores. Trataron entonces de buscar sin demora los medios de organizar la defensa, armando a los ciudadanos para patrullar, y si fuera necesario pelear en las calles para frenar a la soldadesca desenfrenada que ya había invadido las calles hasta una cuadra de la Plaza de la Victoria.

Somellera y Billinghamurst fueron entonces al Fuerte. Al ingresar se encontraron con el Comandante Victoriano Aguilar a cargo de la comandancia militar de la sede del gobierno desde el año 1842. El fuerte había quedado a merced de quien quisiera apoderarse de las armas y pertrechos de guerra, con gran cantidad de municiones tiradas por los patios. Pudieron observar que no había guardias ni centinelas, habiendo quedado solamente músicos.

Al salir del Fuerte vieron en el cuarto del Oficial de Guardia algunas armas en desorden. Tomaron las que pudieron y se dirigieron al pie de la Pirámide frente al Cabildo. Con sus sombreros en la mano y a los gritos, comenzaron a llamar al pueblo a tomar las armas para repeler al bandidaje. Al poco rato aparecieron por el lado del sur, tres soldados de caballería bien montados que pasaron a pleno galope en dirección al norte. Les hicieron señas para que se detuvieran e incluso les dispararon, pero estos dispersos en precipitada fuga salvaron la trinchera de la bocacalle de Rivadavia y la Catedral saliendo por San Martín, donde una guardia de marinos norteamericanos que custodiaban el Consulado les hizo otros disparos pero sin éxito, marcando la primera reacción represiva.

Este hecho sin duda contribuyó a que el vecindario se diera cuenta de lo crítica que era la situación, y que la única forma era unirse para defender a la ciudad. Ante el llamado efectuado, comenzaron a reunirse vecinos y extranjeros que se presentaban armados con escopetas, sables y fuertes bastones, y anunciando a su llegada de la propagación del conflicto por todos los barrios. Los primeros que se presentaron eran dueños y dependientes de tiendas de la Recova vieja. Se organizaron grupos de alrededor de diez hombres que encabezados por el más experto, con armas sacadas del Fuerte y de los cuarteles de los Cívicos, debían marchar por distintas calles, desarmando y aprendiendo a los forajidos que estaban entregados al saqueo. Debían remitirlos a la cárcel del Cabildo, y hacer fuego sobre aquellos que desobedecieran la orden de entregarse.

Resolvieron hacer sonar las campanas del Cabildo, que como en otras épocas habían servido para congregarse al pueblo en la Plaza. Se envió a uno de los jóvenes presentes a pedir la llave a la policía para que las hiciera sonar. Pero solo hizo sonar la campana de los cuartos de hora, por lo que hubo que enviar a otro joven, Cecilio Echavarría (**Anexos 11 y 12**) a corregir el error. La campana del cabildo con su repique constante transmitía al pueblo el peligro que se avecinaba. Es cuando se presenta José Olaguer y Feliú, hijo del que fuera virrey, que vivía en la casa de sus parientes Azcuénaga, frente a la Plaza (Reconquista y Rivadavia) increpando a los gritos de porqué se alborotaba al pueblo con las campanas, que solo en los grandes conflictos se las había hecho repicar.

Cien voces le contestaron explicándole lo que estaba sucediendo, y llevándose ambas manos a la cabeza, se volvió a su casa cerrando violentamente la puerta de calle. En esos momentos un grupo de soldados de caballería con uniforme colorado y pechera blanca llegó a pleno galope a la Plaza por la calle 25 de Mayo, siendo repelidos por disparos de fusil desde el fuerte, por algunos de los que habían acudido a tomar armas y por los músicos de la banda que comprendieron al fin cual era su deber en ese momento. Bien pronto comenzaron a volver algunas de las comisiones de voluntarios que se habían enviado, trayendo prisioneros al cuartel formado en medio de la Plaza, los que eran remitidos al cuartel de Policía para su mayor seguridad. También llegaban vecinos a pedir armas. Su demanda era cada vez mayor, pero no había más armas para repartir.

El 4 de febrero desde Palermo, Urquiza pone fin a la acefalía del gobierno de Buenos Aires nombrando gobernador provisorio al doctor Vicente López y Planes, quien al regresar de Palermo con su nombramiento se detuvo un rato en la casa de Pedro de Angelis frente a la Plaza. Entró luego al Fuerte donde no se realizó una ceremonia formal de jura del cargo, limitándose el doctor López a permanecer a la expectativa de los acontecimientos que se desarrollaban en la plaza. En esos momentos llegó a la Plaza un numeroso escuadrón de

caballería al mando del Coronel Ramón Lista, formando en batalla frente al Cabildo. Necesitaba ir al Fuerte para transmitirle al Doctor Vicente López instrucciones de Urquiza.

Acompañado por Somellera, Lista se presentó ante Vicente López, que se encontraba de pié en medio de la sala del Coronel Aguilar tomando un vaso de agua. Lista le explicó que venía con órdenes precisas de Urquiza para guardar el orden, además de traer instrucciones de pasar por las armas en el término de diez minutos a todo aquel que fuera sorprendido robando o con indicios de haberlo hecho. El anciano doctor López sufrió una muy fuerte impresión con estas noticias, y casi pierde el equilibrio. Ante esta orden, el doctor López se vio forzado a suscribir el terrible decreto, donde en uno de sus artículos se imponía la pena de muerte a los autores de actos de saqueo que fueran sorprendidos en el momento de cometer el hecho.

El Coronel Lista le informó además al doctor López que su tropa hacía tres días que no comía, por lo que solicitaba se le proveyera de carne, leña y agua. En ese momento llega a la reunión el General Tomás Guido, intercambiando saludos con el Coronel Lista, y le solicita una escolta para ir a Palermo para ver a Urquiza. Lista se la niega porque por órdenes de Urquiza no podía desprenderse de ningún soldado por ninguna circunstancia. Somellera se retiró del Fuerte con Lista, a quien le informó de los detenidos que ya había en la cárcel, y que a pesar de que el saqueo había sido espantoso, ya se estaba dominando. Mientras tanto las comisiones de voluntarios continuaban trayendo soldados, algunos bastante ebrios. El aspecto que presentaba la plaza la noche del día 4 era lúgubre y tétrico.

El escuadrón que esa tarde había venido a guardar el orden, acampaba sobre el empedrado frente al Cabildo, con las armas en pabellones y sus correspondientes centinelas, desprendiéndose un denso humo negro que producían los grandes fuegos con que la tropa hacía los asados para matar el hambre de tres días. Completaban el cuadro las repetidas descargas que de en tanto en tanto se escuchaban desde la cárcel, producto del fusilamiento de un saqueador o un ladrón. Todo esto tuvo lugar desde el caer la tarde del 3 de febrero. Era el día en que a Rosas no le había quedado poder ni prestigio alguno, ya que en la tarde del día 4 muchos de sus seguidores se presentaban despojados de los distintivos federales que arrojaban por la calle, no faltando quien gritara *“que había sido una de las víctimas del tirano. Ayer me soltaron de la cárcel”*.

El pueblo de Buenos Aires demostró en esos momentos críticos una notable falta de sentimientos de venganza contra los partidarios del régimen rosista. Ni siquiera fue saqueada la casa de Rosas ubicada en las actuales Moreno entre Bolívar y Perú. Desde los más encumbrados empleados de la administración rosista hasta el último alcalde de barrio habían desaparecido. No hubo gritos que perturbaran la tranquilidad contra los que el día anterior ejercían una autoridad despótica. No hubo tampoco demostraciones de algarabía popular. Rosas se había equivocado. Era tal el estupor de que estaba poseído el pueblo que si después de la derrota hubiera caminado solo por lo más céntrico de la ciudad, nadie hubiera interrumpido su camino, ni habría oído alguna voz que rompiese el impresionante silencio del pueblo que reinó el día y la noche del 3 de febrero.

Los trágicos acontecimientos sufridos daban ahora lugar a conjeturas respecto a la cantidad de fusilados, aunque era difícil determinar la cantidad de personas ajusticiadas. Los más exagerados hablaban de 600 muertos. El General César Díaz estimaba una cantidad de 200 comprendidas algunas mujeres, y hubo alguno que decía que no llegaban a 30. El día 5 el encargado de negocios norteamericano le pidió a Urquiza que hiciera cesar los fusilamientos. Este accedió no sin antes hacer notar que *“las enfermedades graves requieren remedios vigorosos”*.

El día 8 Vicente López pidió a los cónsules que la marinería extranjera se reembarcara porque ya había cumplido su misión. Para ese día 8 ya se había restablecido el orden completamente y se reanudaron las actividades normales en la ciudad. También se tomaron medidas para devolver a sus dueños los objetos saqueados. Muchos habían quedado tirados en las calles, porque la soldadesca se atemorizó con las noticias de los fusilamientos. En los almacenes del edificio de la policía se apilaban muebles y mercaderías. El juez de paz de cada barrio recibía los reclamos de los damnificados.

Dos meses después Alsina autorizó el remate sin base y al mejor postor de los objetos recuperados que no fueron reclamados. El doctor López el día 13 completó su gobierno con la designación de Valentín Alsina en Gobierno, José Benjamín Gorostiaga en Hacienda, José Luis de la Peña en Relaciones Exteriores y al coronel Manuel de Escalada en Guerra y Marina. Resulta interesante la descripción que realiza Sarmiento del general Urquiza en su obra citada en la bibliografía: *“Era un hombre de cincuenta y cuatro años, alto, gordo, de facciones regulares, de fisonomía más bien interesante, de ojos pardos suavísimos y de expresión indiferente sin ser vulgar. Nada en su aspecto revela un hombre dotado de alguna cualidad, ni buena ni mala. Cuando se encoleriza su voz no se altera, aunque hable con mayor rapidez, y cortando las palabras.*

El color de su cara no se altera, sus ojos no chispean, su ceño no se frunce, y pareciera que se finge más enojado de lo que está, si muchas veces las consecuencias de ese enojo e irritación, no hubieran sido tan terribles como lo supondría su aparente tranquilidad. Era preciso anularse o pasar desapercibido en su presencia: era preciso no haber pensado jamás, hecho o dicho alguna cosa que no hubiera partido de él mismo, que no hubiera sido inspirada directa o indirecta, mediata o inmediata, próxima o remotamente por él. A este precio decían los que lo conocían, hará usted lo que guste con él”. Era la opinión de Sarmiento que no le tenía ninguna simpatía y que había sufrido sus desplantes y mal trato siendo “boletínero” del Ejército Grande.

El día 14 de febrero en una mañana diáfana pero calurosa, un numeroso grupo de hombres y mujeres de las colectividades inglesa y norteamericana, realizaron una excursión al campo de batalla de Caseros. Pasaron por el campamento militar de Santos Lugares, desde donde partió Rosas para la batalla. Siguiendo el viaje divisaron la torre blanca de Caseros desde cuyas alturas Rosas observó el ataque de las tropas de Urquiza.

Un relator de esa excursión refería que el campo presentaba un aspecto macabro, con sus muertos insepultos y en estado de descomposición, al igual que los caballos. Según los cálculos efectuados por Mitre en 1887, hubo unos cuatrocientos muertos, 700 heridos en su gran mayoría producto de arma blanca (de sables y de lanzas que tenían un largo de 2 metros y medio) y 7000 prisioneros. Sin embargo esta matanza solo sirvió de prólogo para la revolución y el sitio de Buenos Aires del 11 de septiembre y que obligarían a escribir nuevas páginas en el historial de Buenos Aires.

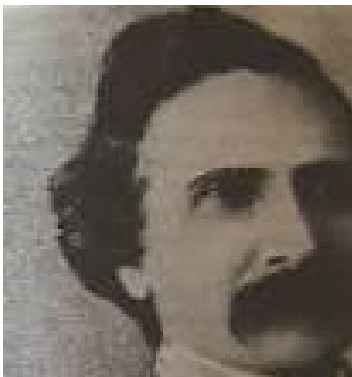
Bibliografía

- *Relatos de Antonio Somellera*, de junio de 1885 – AGN.
- *San Isidro en los tiempos de la Corporación Municipal 1856-1886*, por Jorge André Lavalle y Alberto Manfredi (h).

- *Al día siguiente de Caseros*, de María Sáenz Quesada – Revista Todo es Historia N° 31.
- *Después de Caseros*, de Ernesto J. Fitte.
- *La Batalla de Caseros, fin de una época*, de Juan José Cresto.
- *Rosas y Urquiza en el apogeo y ocaso de Palermo de San Benito*, de Ernesto Fitte.
- *Apuntes Históricos del pueblo de los Santos Lugares*, de Hjalmar Edmundo Gammalson.
- *Anales del Instituto Belgraniano – N° 2 -1996*.
- *El saqueo de Buenos Aires - 4 de febrero de 1852*, por Cristina V. Minutolo.
- *Revistas Caras y Caretas*.
- *Diccionario Biográfico Argentino*, de Antonio Cutolo.
- *Caseros, 3 de febrero de 1852*, por el capitán Juan Beverina.
- *Monografía de la Campaña de 1851-1852 (Caseros)*, por el Estado Mayor del Ejército.
- *Archivo del autor, bisnieto de Mariano Billinghurst*.
- *Caseros 3 de febrero de 1852*, por Eduardo G. Alvarez.
- *Campaña en el Ejército Grande*, por Domingo F. Sarmiento.
- *Crónica Histórica de la provincia de Corrientes*, por Manuel F. Mantilla.

Breve biografía de algunos de los participantes en este relato

Coronel de Marina Antonio SOMELLERA



Marino y pintor nacido en Buenos Aires el 14 de junio de 1812. A los 13 años ingresó en la marina como aspirante a bordo del bergantín “General Rondeau” a las órdenes del sargento mayor Coe con el que realizó un crucero por la costa del Brasil. En 1829 era comandante de la cañonera N° 6. Intervino en la fracasada revolución de 1839 contra Rosas, que le costara la vida a Vicente y Ramón Maza. Fue un opositor declarado de la dictadura debiendo huir de Buenos Aires a bordo de una ballenera en la que también pudo huir el general José María Paz entre otros.

En 1841 se enroló en la Legión Argentina como teniente de la 2da. Compañía durante el 2do. Sitio de Montevideo. Fue un notable retratista. En 1845 siguió a Paz y a otros en su emigración a Río de Janeiro, pasando de allí a Corrientes. Participó activamente durante el saqueo de Buenos Aires luego de Caseros. Participó en la guerra contra el Paraguay coordinando el envío de abastecimientos bélicos para el ejército en operaciones. Por su actuación fue ascendido a Coronel graduado en 1867. Fue Director de la Escuela Naval Militar, y en 1881 pasó a ejercer las funciones de Jefe del Estado Mayor General, puesto que significó la dirección ejecutiva de la Marina. En 1883 recibió el ascenso a Comodoro. Murió en Buenos Aires el 11 de noviembre de 1889 a los 77 años.

Coronel Ramón LISTA

Nació en Buenos Aires el 31 de agosto de 1789. Ingresó en 1813 como cadete en el regimiento de Granaderos de Infantería con el que marchó a incorporarse al ejército sitiador de Montevideo a las órdenes de Rondeau, asistiendo a la rendición de la ciudad en 1813. Al

año siguiente se encontraba en Mendoza en el Regimiento 11 de Infantería al mando de Las Heras



. Intervino en la batalla de Chacabuco el 12 de febrero de 1817. Se encontró en casi todos los hechos de armas en la campaña de Las Heras en el sur de Chile. Luchó en Curapaligüe, Cerro del Gavilán y San Pedro y en Talcahuano donde recibió dos balazos en su brazo derecho que le quedó inutilizado. El 20 de agosto de 1820 se embarcó en el puerto de Valparaíso integrando la expedición de San Martín al Perú. Actuó con el grado de capitán en la segunda campaña de Pasco.

Tomó parte en el ataque al fuerte del Callao. Mandado por el general Rudecindo Alvarado hizo la campaña de Puertos Interiores en 1822. Luchó en Torata y Moquegua. En 1824 se encontraba en el fuerte del Callao durante la sublevación de los sargentos Moyano y Oliva, donde fue tomado prisionero. Fue llevado a la cárcel de La Paz y de allí a la isla de Estevez, permaneciendo preso hasta el 24 de diciembre de 1824, después de la batalla de Ayacucho.

De regreso en Buenos Aires fue ascendido a Sargento Mayor en 1827 y al año siguiente a Teniente Coronel. Fue perseguido por Rosas y pudo emigrar a Montevideo. Permaneció allí casi 9 años hasta el levantamiento de Urquiza a quien ofreció sus servicios el 19 de octubre de 1851. Tuvo tan activa participación en la batalla de Caseros que Urquiza le encomendó la misión de contener el saqueo de la soldadesca en Buenos Aires. El 30 de marzo recibió de Urquiza los despachos de Coronel Graduado. Falleció en Buenos Aires el 13 de enero de 1855. En el Museo de Luján existe un daguerrotipo sacado inmediatamente después de su muerte. Fue una figura de extraordinario relieve en la historia argentina y sus heroicas acciones militares le rodearon de un legendario prestigio. Una calle de Villa Devoto lleva su nombre

Mariano BILLINGHURST (mi tatarabuelo)

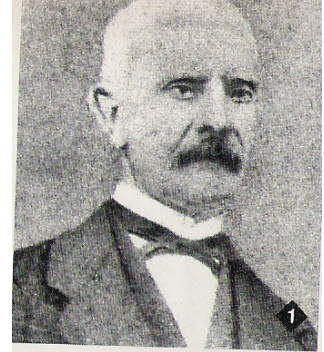


Nació en Buenos Aires el 26 de noviembre de 1810. Fue el hijo mayor de Roberto Billinghurst, inglés, quien legó a su familia la primera carta de ciudadanía que se otorgó en el país. Se dedicó al comercio, fundando la primera casa de remates de Buenos Aires. Tuvo que emigrar en la época de Rosas por su participación en la fuga a Montevideo de Pedro José Agrelo, su tío, quien fuera presidente de la Asamblea del año XIII, pudiendo retornar recién en 1852.

Fue junto con los hermanos Lacroze, uno de los primeros que instalaron las líneas de tranvías con caballos, y del ferrocarril a Rosario, y uno de los primeros empresarios argentinos con la instalación de una fábrica textil en el Retiro y una fábrica de tejas y baldosas en el bajo de la Convalecencia. Tuvo activa participación en la lucha contra la fiebre amarilla, por la que recibió la Cruz de Hierro. Fue un personaje polifacético. Militar ocasional, político, empresario atrevido y con visión, defensor de la industria nacional, fue pionero en muchos campos, valiente y emprendedor, un modelo para sus compatriotas de aquella época. Murió en Buenos Aires el 13 de junio de 1892.

General Benjamín VIRASORO (Jefe de Estado Mayor de Urquiza)

Nació en Corrientes el 30 de abril de 1812. A comienzos de 1824 fue enviado por sus padres a Buenos Aires, ingresando a la escuela del Convento de San Francisco. En 1828 regresó a Corrientes dedicándose al comercio. Luego de la batalla de Pago Largo el 31 de marzo de 1839 donde fueron destruidos sus bienes y haciendas, se vio obligado a huir a la Banda Oriental, atravesando el río Uruguay a nado. En mayo de ese año ingresó como soldado distinguido al Escuadrón de Coraceros de Paysandú N° 4. Este cuerpo pertenecía a las fuerzas del general Rivera, que se aprestaba a repeler la invasión de Echagüe al Uruguay. Se halló en la batalla de Caaguazú el 28 de noviembre de 1841 obteniendo el grado de Teniente Coronel. Acompañó a Paz en su campaña de Entre Ríos. Intervino en la batalla de Arroyo Grande el 6 de diciembre de ese año, quedando herido, y logrando huir al Brasil. El gobernador Cabral logró que regresara a Corrientes y pasó a Entre Ríos para alistarse en la División Correntina. Ingresó al ejército de Urquiza que invadió la provincia de Corrientes en enero de 1846 y en persecución de los aliados bajo el mando del general Paz, obtuvo el triunfo de Laguna Limpia donde cayó prisionero el general Juan Madariaga, hermano del gobernador de Corrientes. El 14 de diciembre de 1847 por imposición de Urquiza fue nombrado gobernador propietario de la provincia de Corrientes.



Hombre de predicamento en su provincia, planeó y discutió con Urquiza la caída de Rosas y la Organización Nacional en la conferencia de Concordia el 6 de octubre de 1850. Al producirse el pronunciamiento de Urquiza, éste lo nombró Mayor General del Ejército Aliado. Estuvo en la batalla de Caseros donde jugó un papel primordial tanto en el desarrollo y resultado de la acción, de la que pasó un parte circunstanciado al general Urquiza. Firmó el Acuerdo de San Nicolás y el 3 de diciembre de 1852 Urquiza dispuso que mientras durara su ausencia de la provincia de Buenos Aires, ésta quedara a cargo del general Virasoro, pero al producirse la revolución del 11 de septiembre, fue arrestado junto con el general Urdinarrain.

Por ley del 29 de septiembre de 1856 el Senado de la Confederación Argentina le otorgó el grado de Brigadier General. El 14 de septiembre de 1859 fue nombrado Jefe del Estado Mayor del Ejército Nacional, asistiendo en tal carácter a la batalla de Cepeda. En 1861 estuvo en la batalla de Pavón, y en 1865 intervino en la movilización de las tropas entrerrianas que debían marchar al Paraguay. En 1882 fue promovido a Teniente General, retirándose el 16 de octubre de 1895. Falleció en Buenos Aires el 29 de abril de 1897.

Coronel Pedro José DÍAZ (Jefe de la Infantería rosista)

Nació en Mendoza el 17 de mayo de 1800. Contando 13 años, su padre lo presentó a San Martín que lo destinó como cadete al Regimiento N° 8 de Infantería. Pueyrredón lo ascendió a Teniente Segundo cuando contaba 15 años, mostrando su entereza en la batalla de Chacabuco y su serenidad en Cancha Rayada el 19 de marzo de 1818. Estuvo en la batalla de Maipú recibiendo las condecoraciones otorgadas por los gobiernos de Chile y de las Provincias Unidas. Ascendió en 1819 a Teniente 1°; en 1820 a Ayudante Mayor, en 1821 a Capitán. Díaz con sus soldados custodió la entrada del Gran Capitán a Lima el 11 de julio de 1821. Tras las campañas de los Puertos Intermedios, fue ascendido en 1822 al grado de Sargento Mayor.

Fue hecho prisionero junto a otros oficiales en la sublevación de El Callao, participando del trágico sorteo debido a la fuga del Coronel Estomba y del Comandante Lima. Una fuga posterior le permitió servir en los ejércitos de Bolívar y de Sucre, presentándose en Buenos Aires en 1826.

Intervino en Ituzaingó donde por su actuación recibió sucesivamente los galones de Teniente Coronel y de Coronel cuando acababa de cumplir 28 años. Intervino en la primera cruzada libertadora de Lavalle, interviniendo en Yerúa, San Cristóbal y en Quebracho Herrado en 1840, donde el General Angel Pacheco, que mandaba la caballería del ala derecha federal, le perdona la vida ya que habían sido compañeros en Chacabuco y Maipú, siendo remitidos los prisioneros a Buenos Aires. La tiranía lo borró de la lista militar y estuvo en la cárcel hasta 1848 cuando fue puesto en libertad con la obligación de no salir de Buenos Aires.

Siendo unitario y habiendo estado encarcelado por Rosas durante ocho años, dirigió su infantería en Caseros, ya que su fuerte patriotismo lo obligó a ofrecerse al gobierno de su patria en su lucha contra el imperio.

Caído el tirano, fue capitán del puerto de Buenos Aires desde el 1º de septiembre al 5 de octubre de 1852. Actuó en la defensa de Buenos Aires y ocupó luego el cargo de Ministro de Guerra durante el gobierno del General Guillermo Pinto. Se retiró de las actividades públicas hasta su fallecimiento que se produjo el 12 de diciembre de 1857. El general Mitre lo consideró una de las grandes figuras militares de la época. Rechazó su ascenso a general por no haberlo ganado en el campo de batalla, a pesar de ostentar las medallas y condecoraciones de Maipú y Chacabuco, y la condecoración de oro del Perú, con la inscripción "*Yo fui del Ejército Libertador*".

General Lucio Norberto MANSILLA (Comandante de las Milicias Urbanas)

Nació en Buenos Aires en 1790. Durante las invasiones inglesas actuó en los cuerpos nativos y se alistó a las órdenes de Liniers, acompañándolo a Montevideo como soldado. Intervino en todas las acciones de guerra que se produjeron hasta que los invasores fueron expulsados. Producida la Revolución de Mayo, ingresó como cadete en el Regimiento de Patricios, con el cual asistió a la lucha en la Banda Oriental, bajo las órdenes de Artigas, Rondeau y Alvear. Estuvo entre las fuerzas sitiadoras de Montevideo y en 1814 con el grado de Capitán pasó al Ejército de los Andes que organizaba el general San Martín. Asistió a la batalla de Chacabuco, acompañando luego a Las Heras como ayudante en su campaña al sur de Chile.

O'Higgins lo envió a San Luis al mando de las tropas que custodiaban a los prisioneros españoles. Con el grado de Sargento Mayor regresó a Buenos Aires. Fue electo diputado por la provincia de Entre Ríos el 13 de diciembre de 1821 hasta el 26 de febrero de 1824, logrando el grado de Coronel del Ejército. Fue electo diputado al Congreso nacional que se reunió en Buenos Aires en 1824. Ascendido a Coronel Mayor participó con brillo en la guerra contra el Brasil, mandando las tropas en las victorias de Ombú, Camacué e Ituzaingó. En 1828 fue elegido diputado por La Rioja a la Convención Nacional de Santa Fe, de origen federal.

Defendió la soberanía del país en la Vuelta de Obligado el 20 de noviembre de 1845, por medio de baterías lo que le valió se lo considerara a la par de los generales Pacheco y Urquiza como una de las columnas de la Confederación.

Permaneció alejado de la función pública debido a una grave enfermedad, hasta las vísperas de Caseros cuando recibió la orden de Rosas de organizar la defensa de la ciudad contra las tropas de Urquiza. Luego de Caseros residió varios años en Europa. Regresó al país en 1868, manifestando sus simpatías por la obra de Urquiza. Alcanzó los más altos grados en el ejército, falleciendo por la fiebre amarilla en Buenos Aires el 10 de abril de 1871. Estaba casado con Polonia Durante y al enviudar lo hizo con Agustina Ortiz de Rosas, hermana del dictador y una de las bellas de la época.

Martiniano CHILAVERT (Jefe de la artillería rosista)

Nació en Buenos Aires, el 16 de octubre de 1798. Era hijo del capitán español don Francisco Chilavert, que después de algunos años de permanencia en el Río de la Plata regresó a España.



Allí se educó el joven Martiniano, volviendo a Buenos Aires a bordo de la "George Canning", en 1812, donde viajaban San Martín, Alvear, Zapiola y otros patriotas. Chilavert ingresó en clase de cadete en el Regimiento de Granaderos de Infantería, siendo dado de alta como subteniente de artillería en enero de 1817. En ese año, comenzó estudios en la Academia de Matemáticas, y en 1819, se presentó a rendir la prueba pública, en la que fue aprobado como ingeniero. Estuvo ligado, al general Alvear desde el comienzo de su gobierno, a pesar de la oposición popular.

Lo acompañó en la famosa asonada del 25 de marzo de 1820, cuando se apoderaron del cuerpo de Agueridos, en el cuartel del Retiro. Fracasada la intentona, Chilavert siguió a Alvear en sus campañas, hasta que cayó prisionero de Dorrego en San Nicolás. En 1821, obtuvo la baja del ejército y continuó los estudios siendo designado ayudante de la cátedra de matemáticas que dictaba Felipe Senillosa. Se recibió de ingeniero y, en 1824, participó de una expedición por agua, con el objeto de fundar un pueblo en Bahía Blanca.

Estallada la guerra contra el Brasil, Chilavert se incorporó al ejército, siendo ascendido a capitán en 1826. Asistió a la batalla de Ituzaingó, a las órdenes del coronel de artillería Tomás de Iriarte. Por su destacada e inteligente actuación, fue promovido a sargento mayor, y se le otorgó el cordón acordado a los vencedores de aquella gloriosa jornada. Llegado a Buenos Aires se enroló en las filas del general Lavalle, al que acompañó en sus combates y cuando aquél pasó desterrado a la Banda Oriental fue de los primeros jefes que marchó a ofrecerle sus servicios.

Condenado al ostracismo, vivió largo tiempo en un pequeño pueblo de la costa oriental. El pronunciamiento de Rivera contra Oribe, en 1836, lo arrancó a Chilavert en su retiro, incorporándose en calidad de coronel al ejército de aquel caudillo, y durante dos años se mantuvo a su lado. Volvió a actuar con Lavalle, que le tenía profunda estimación, y más tarde lo hizo con los generales Pacheco y Obes y José María Paz. En 1847, ofreció sus servicios a Rosas, quien le encomendó el mando de un cuerpo de artillería. Cuando se produjo el pronunciamiento de Urquiza, el 1º de mayo de 1851, Chilavert con otros jefes reiteraron su adhesión al Restaurador.

Participó en la batalla de Caseros con el grado de coronel, mandando en jefe la artillería federal. Vencido el ejército de Rosas, fue tomado prisionero y, de la entrevista a puertas cerradas que tuvo con Urquiza, éste lo despachó con dos secas palabras: "Vaya nomás", ordenando inmediatamente "descompuesto de ira", que lo fusilaran por la espalda, el castigo de los traidores. La ejecución se realizó el 4 de febrero de 1852, en la que Chilavert demostró un valor a toda prueba. Al aproximársele un oficial para tratar de ponerlo de espaldas, cuenta Saldías, que "de un bofetón lo mandó a tres varas de distancia". Y Chilavert, mientras se golpeaba el pecho pidiendo que le tiraran, los soldados bajaron las armas. En la confusión sonó un tiro, que le ensangrentó la cara, pero a pesar de ello, siguió gritando con toda su voz: "Tiren, tiren aquí, al pecho". En el insensato intento de reducirlo, fue ultimado con bayonetas, sables y culatazos, pero no lo fusilaron por la espalda.

El general Urquiza, tiempo después, negó que lo hubiese "mandado a fusilar, y que cuando lo supo sintió que lo hubiesen muerto". Al día siguiente, su cadáver fue entregado a sus deudos. La viuda e hijos emigraron a Montevideo y no regresaron nunca.

El general Paz en sus Memorias, tiene palabras duras para él, cuando al referirse al ejército de Rivera algún tiempo después de Caaguazú, dice: "... muchos de sus jefes. como el funestamente Chilavert, hablan olvidado sus funciones militares para convertirse en ruines merodeadores". El coronel Chilavert fue un militar de talento y conocimientos científicos, un verdadero jefe de escuela, con sobrada experiencia en la guerra, pero dominado por un carácter díscolo, haciéndose incomprensible e insolente con los jefes y partidos a quienes había servido.

General Tomás GUIDO

Nació en Buenos Aires el 1º de septiembre de 1788, educándose en el Colegio de San Carlos. En 1806 se alistó en el batallón de Miñones, comandado por Jaime Lavallol, cuerpo que se destacó en esas memorables jornadas. Producida la Revolución fue nombrado oficial de la Secretaría de Gobierno. En 1811 partió hacia Europa como secretario de Mariano Moreno. Regresó a Buenos Aires en 1812 reintegrándose a sus funciones en el gobierno. Fue nombrado secretario del Ministro de la Guerra, marchando a Charcas en 1813 como secretario de Ortiz de Ocampo. A consecuencia de las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma regresó a Tucumán donde se asoció a los trabajos de San Martín y Belgrano. En 1814 fue nombrado oficial mayor de la Secretaría de Guerra, cargo que le permitió pasar a Chile con la expedición libertadora.



En 1817 reclamado por San Martín fue incorporado al ejército con el grado de Teniente Coronel, con el que asumió las funciones de secretario de Guerra y Marina. Acompañó a San Martín en toda su campaña en Chile y Perú, colaborando en la planificación de la campaña al Perú. Luego de la entrevista de Guayaquil, permaneció colaborando con Bolívar y Sucre en la terminación de la guerra de la independencia. Alcanzó el grado de General de Brigada en los ejércitos del Perú regresando al país en 1826, trayendo la bandera del Regimiento "Río de la Plata" salvada de la sublevación de la fortaleza del Callao, donde se le reconoció el grado de Coronel Mayor. Desde 1840 a 1851 fue representante del gobierno argentino ante el gobierno del Brasil. En 1852 luego de Caseros fue llamado por Urquiza para colaborar con su gobierno, que lo nombró representante de la Confederación ante el Paraguay y el Uruguay.

Falleció en su quinta de Alsina y Cevallos el 14 de septiembre de 1866 a los 88 años. Al cumplirse el centenario de su muerte, sus restos fueron trasladados desde la Recoleta a la Catedral de Buenos Aires, donde descansan junto a los restos del general San Martín. Fue padre del poeta Carlos Guido y Spano.

General Hilario LAGOS (Jefe de la caballería rosista)

Nació en Buenos Aires el 8 de abril de 1806. Hizo sus estudios en el colegio de San Carlos siendo dado de alta el 16 de septiembre de 1824 como sargento 2º distinguido en el Regimiento Húsares de Buenos Aires. El 1º de septiembre de 1825 por su actuación con el Coronel Rauch contra los indios, fue ascendido a Alférez, y dos años después a Capitán. En 1828 intervino en la lucha contra el Brasil, participando en el combate de Camacúá. Al año siguiente fue destinado al Regimiento Nº 3 de Caballería de Línea, participando en la acción de Puente de Márquez bajo las órdenes del General Lavalle.



El 9 de febrero de 1830 el gobierno de Buenos Aires le confirió el grado de Teniente Coronel. El 1º de abril a las órdenes del General Pacheco comandó el ala derecha de sus tropas en el combate del Salado contra los indios, mereciendo una medalla de plata con la inscripción “*A los vencedores del Salado*”.

Intervino en la expedición de Rosas contra los indios en 1833. En 1835 fue ascendido a Coronel. Participó en el combate de Quebracho Herrado contra Lavalle, decidiendo la victoria. Por razones de salud se retiró del ejército en 1848, asumiendo la Jefatura de Policía de la ciudad de Paraná, permaneciendo allí hasta 1851, rechazando la invitación de Urquiza para participar en la campaña contra Rosas, pidiendo su traslado a Buenos Aires. Al llegar a esta ciudad, se le confirió el mando de las fuerzas de caballería del ejército federal, participando en la batalla de Caseros, pero al ser desbandadas sus fuerzas se retiró del campo de batalla, asilándose en el buque de guerra francés “*Flambert*”.

El 13 de febrero de 1852 fue nombrado comandante en jefe del Departamento Centro con centro en Dolores. Durante la separación de la provincia de Buenos Aires de la Confederación por la Revolución del 11 de septiembre de 1852, Lagos se pronunció contra Buenos Aires y con sus tropas puso sitio a la ciudad. El 28 de marzo de 1853 fue promovido a General y una vez levantado el sitio se dirigió a Santa Fe. En 1859 combatió en Cepeda al frente de cuatro divisiones de caballería. Esta victoria fue su última acción de guerra de su vida militar. Falleció en Buenos Aires el 5 de junio de 1860 a los 54 años. Sus restos se encuentran en el cementerio de la Recoleta.

General Angel PACHECO (Comandante en Jefe de los Ejércitos federales antes de abandonarlos por diferencias con Rosas)

Nació en Buenos Aires el 14 de julio de 1795. Tras recibir una esmerada educación, se incorporó como cadete al Regimiento de Milicias Patricios de Buenos Aires antes de cumplir 16 años. Al crearse el regimiento de Granaderos a Caballo se alistó, iniciando su carrera militar en el combate de San Lorenzo donde fue ascendido a Alférez el 26 de febrero de 1813.



Con los granaderos marchó en el Ejército del Norte, participando a las órdenes de Dorrego en las guerrillas de Salta, que cubría la retirada del ejército derrotado en Vilcapugio y Ayohuma. Ya ascendido a Ayudante Mayor participó en Venta y Media y en Sipe-Sipe a las órdenes del Brigadier Martín Rodríguez. En esta última batalla recibió una herida de bala en el brazo, a pesar de lo cual participó en el combate de Altos de San Lorenzo. Sin ayuda alguna siguió la retirada de los escuadrones hasta Lules en Tucumán y desde ahí a La Rioja. Marchó a

Mendoza para incorporarse a las fuerzas que organizaba el General San Martín, para iniciar la campaña libertadora a Chile.

Formó parte de la Escolta de San Martín, la que era dirigida por el Comandante Mariano Necochea. En Chacabuco tuvo una actuación tan brillante, que para premiarlo el General lo mandó a Buenos Aires conduciendo las banderas del Regimiento de Talavera y el Estandarte de los Dragones de Chile, capturados en esa batalla.

El 10 de marzo de 1817 luciendo sus insignias de Sargento Mayor, los entregó al Director Supremo Pueyrredón. De regreso en Chile participó en la campaña de Talcahuano con Las Heras asistiendo al combate de Curapaligüe el 26 y 27 de ese año. Combatió valientemente en la sorpresa de Cancha Rayada, ordenándole San Martín que cubriese la retirada del ejército hasta el río Maipú. Estuvo en la batalla de Bío Bío en el sur de Chile el 19 de enero de 1819. Por sus tantas heridas fue enviado a Buenos Aires el 4 de junio de 1819, revistando como inválido a los 24 años. Recuperado de sus dolencias se reincorporó al servicio activo.

Comenzó su actuación de frontera desde la jefatura del Departamento del Norte, desde San Nicolás a Salto y desde Areco a Pergamino. En la guerra contra Brasil actuó en Ituzaingó, Camacú y Yaguarón. Al concluir la guerra, ya con el grado de Coronel, volvió a la jefatura de frontera norte. Luego llegaron los tristes momentos del fusilamiento de Dorrego, su jefe y amigo, siendo arrestado hasta la caída de Lavalle.

Siendo federal, combatió contra el general Paz. Años después, en 1840 luchó contra Lavalle cuando éste organizó la Coalición del Norte. En la batalla de Quebracho Herrado, Pacheco, mandando el ala derecha de la caballería federal decidió la victoria. La Legislatura de Buenos Aires lo eligió gobernador de la provincia, cargo que no aceptó. En Caseros abandonó el ejército por diferencias con Rosas. Los vencedores lo nombraron ministro de Guerra cargo que rechazó, pero que luego aceptó y desempeñó hasta el 7 de febrero de 1853 en que fue reemplazado por el Coronel Pedro José Díaz, a quien había salvado la vida en Quebracho Herrado. Falleció el 28 de septiembre de 1869.